

frailes. Tres horas duró la espantosa refriega, y los franceses, dejando más de 2 000 hombres en el foso, acabaron por emprender la retirada. Escarmentados con lección tan rigurosa, desistieron desde aquel momento de repetir los asaltos á pesar de las muchas y espaciosas brechas, convirtiendo el sitio en bloqueo y contando por auxiliares el tiempo, la peste y el hambre. Mientras esto sucedía, Blake preparaba en Hostalrich un nuevo convoy, con el cual se puso él mismo en marcha á la cabeza de 10 000 hombres, vando á la vanguardia don Enrique O' Donnell con otros 2 000. Este y unas 300 acémilas entraron en la plaza (26 de septiembre); pero el resto fué cortado por Saint-Cyr, y las brigadas y sus conductores cayeron todas en su poder. La gente de O' Donnell que en Gerona servía más de embarazo que de provecho, por lo que aumentaba el consumo, salió por fin de la plaza, y por medio de una atrevida marcha pudo reincorporarse al grueso del ejército (12 de octubre). El Mariscal Augereau había sucedido á Saint-Cyr, en el mando de las fuerzas sitiadoras, y con el nuevo jefe y los refuerzos recibidos estrechóse aún más el bloqueo. Nadie podía llegar ya á las puertas de Gerona sino á través de mil peligros, y á las enfermedades que diezaban á sus defensores uniósese la escasez, y en breve el hambre, vendiéndose á peso de oro hasta los animales inmundos.

Inútilmente trato Blake de introducir por tercera vez socorros; ante el mariscal Augereau hubo de replegarse camino de Vich; O' Donnell, que había quedado en Santa Coloma, tuvo también que abandonar el puesto y el bagaje, y apoderado el vencedor de la villa de Hostalrich fueron en su mayor parte destruidas las provisiones que allí se reunieron. Desplomadas las casas, desempedradas las calles y remansadas en sus hoyos las aguas y las inmundicias, respirábase en Gerona un ambiente infecto, corrompido también con la putrefacción de los cadáveres que yacían insepultos en medio de escombros y ruinas. Los hospitales rebosaban de enfermos para quienes no había medicamentos; las plantas no daban frutos, ni cría los animales; los ca-

ballos se comían, entre sí las crines; las gentes caían muertas por la calle; no se veían mujeres en cinta, falleciendo á veces de inanición en el regazo de las madres el fruto de sus entrañas; la naturaleza parecía muerta. Con tantas calamidades flaqueaban hasta los más constantes, y sólo Alvarez se mantenía inflexible. Cerrados los oídos á cuanto tendía á capitulación, dió por aquellos días un bando así concebido: «Todas las tropas que cubren las brechas, cortaduras y demás obras de defensa deben tener entendido que las que guarnecen las segundas cortaduras y la artillería de las calles tienen orden de hacer fuego en caso de ataque contra cualquiera que venga de los primeros, sea español ó francés, pues todo el que huye y abandona su puesto debe considerarse como enemigo.» Conmovida asistía Cataluña y España toda á la defensa de la heroica ciudad. La Central, á falta de otros recursos, premiaba á sus defensores con iguales gracias que á los de Zaragoza, y concedía á su digno obispo la gran cruz de Carlos III. En Manresa se reunía una especie de Congreso (26 de noviembre) que declaraba borrados para siempre del catálogo de los verdaderos catalanes, al que prefiriese sus comodidades á la libertad de Gerona y á la salvación de la patria; todos los hombres del Principado empuñaban las armas, y levantado todo él, iba á caer contra los sitiadores. Sin embargo, era ya tarde. Augereau temeroso de ver acudir en armas toda Cataluña, emprendió nuevas acometidas, y seis días después se hallaba Gerona sin verdadera defensa. Hasta Alvarez rindióse al fin á una fiebre nerviosa que le puso á las puertas del sepulcro, y su sucesor don Julián Bolívar, congregada la Junta correccional y una militar, á las cuales participó el aviso del Congreso catalán de que su socorro no llegaría con la deseada prontitud, entró en tratos con el enemigo. El brigadier don Blas de Fournás fué enviado al campamento enemigo, y entre él y Augereau pactóse una capitulación honrosa y digna de los defensores de Gerona (10 de diciembre). Según ella, la guarnición había de salir con los honores de la guerra y entrar en Francia como prisionera; asegurábanse